

DOCUMENTOS

[CRÓNICA DE BELLAGIO]

Fernando Lolas Stepke

RESUMEN

Ya Plinio el Joven se refiere al promontorio de Bellagio en el lago de Como, como un lugar apropiado para la meditación. A lo largo de los siglos, esa impresión ha sido reforzada por los testimonios de innumerables viajeros y habitantes que han encontrado en esta región la paz, el solaz y la inspiración para tareas de muy vario carácter.

El pueblo de Bellagio, a orillas del lago, es pequeño. En invierno, las tardes amistosas invitan al ensueño en medio de la calígene que se levanta del agua y se extiende como protector manto sobre casas, barcos y árboles. En lo alto de la colina, la Villa Serbelloni, asiento del Centro de Estudios de la Fundación Rockefeller, domina el paisaje. Edificio sobrio en el color ocre de la Lombardía, distinto de otros, fue adquirido por la Fundación por donación de Ella Walker, princesa que fue de Thurm y Taxis (o, si se prefiere, de Torre y Tasso). Hacia 1965 empezó el programa de residencias para artistas y estudiosos que ha hecho famosa a la Villa.

Es la forma munificente y magnífica de la filantropía. En Bellagio se han escrito tratados, novelas, artículos, guías de campo, estudios. Se han compuesto obras musicales y pictóricas. Se han entablado lazos de amistad y trabajo. Bellagio y la Villa Serbelloni han sido catalizador y oxígeno para insospechadas aventuras del intelecto y de la sensibilidad.

La experiencia de ser anfitrión del trabajo intelectual se ha decantado aquí al extremo del estilo. Los huéspedes, pocos y diversos, reciben acogida y apoyo. Algunos tienen el privilegio de un estudio en medio del boscoso promontorio, en pequeñas construcciones de nombres sugerentes: San Francesco, Santa Caterina. Se espera de todos que se entreguen a sus trabajos y meditaciones en la absoluta libertad de un entorno paradisíaco. Se espera también que se reúnan informalmente a la hora del aperitivo para intercambiar impresiones. Las comidas transcurren en deleitables conversaciones. Ocasionalmente, alguno se aventura hasta el pueblo cercano, atraviesa a Cadenabia o emprende la travesía hasta Como. Con días amistosos, hasta irá por algunas horas a Milán. Pero el compromiso es hacer lo que se vino a hacer: pensar, cultivar las horas del tiempo regio, refrescar el espíritu, ajustar cuentas con lo importante. Podrá haber premura, urgencia, apuro. Pero siempre se percibe la salutífera influencia del entorno que a tantos estudiosos acogió en el pasado y que, es de esperar, a tantos seguirá acogiendo en el futuro.

No cabe, no puede haber, duda alguna. El verdadero trabajo creativo exige siempre el sístole de lo urgente y el diástole de lo importante, la energía de la acción y el recogimiento de la meditación. Es difícil estimar cuánto de esto se hace luego entraña de lo cotidiano. Pero experimentar el privilegio de ser entendido y respetado en las propias aficiones y trabajos sin duda fomenta una fuerte disposición a la benevolencia. A largo plazo, ésta dará sus frutos

Personalidad y religión

En la Villa Serbelloni, indica la Fundación Rockefeller, dueña del lugar, se reúnen "*scholars*" y "*artists*". Más allá de lo trivial, no hay en español una buena traducción para "*scholar*". "Académico" suena muy limitado e inexacto, "sabio" es pedante. Tal vez *intelectual* se aproxime a la idea, si a esta voz se le quita ese tufillo de popularidad y liviandad que le ha impreso la lengua francesa.

Con la palabra "*artist*", el asunto parece ser menos grave. Se entiende el creador en las artes. Porque si alguien mira el arte desde fuera, lo contempla en teoría (voz que alude a teatro y por ende, a mirada) entonces no es *artist* sino *scholar*.

Como quiera que sea, Villa Serbelloni es para *scholars* y *artists*. Vienen, trabajan, comparten, hablan y se van. La organización, perfecta y discreta, da una transparencia a la vida, que parece deslizarse fluidamente, con la sola finalidad de estimular el trabajo, el ocio regio, el cruce entre disciplinas.

Encuentro a Huston Smith desayunando. He visto, por cierto, su libro "*Religiones del mundo*" que en innumerables ediciones ha satisfecho la curiosidad de más de un millón y medio de lectores. El profesor Smith trabaja y vive en California. Recordando su época de profesor de filosofía en el afamado MIT (*Massachusetts Institute of Technology*) dice:"Me recordaban siempre que yo no contaba". No *contaba*, esto es, no hacía números. Tampoco "*contaba*" en las decisiones de una institución "científica".Le acompaña su esposa Kendra, quien transcribe diarios de vida de pioneros que conquistaron el país desde la condición inestable del inmigrante.

Preocupa a Huston Smith un hecho substantivo. La espiritualidad no ha sido suficientemente desarrollada en Occidente. Al menos, en el Occidente que él puede comprender y valorar por haber nacido en China, hijo de misioneros. Me revela su proyecto: allende las diferencias que existen entre las religiones del mundo, parece existir en todas un número finito de personas y personalidades. Estos "tipos espirituales" son el registro de lo humano que adopta modalidades diversas al contacto con la trascendencia. Huston Smith propone que en todos los credos habrá "ateístas", cuyo mundo es substantivamente material, "politeístas", que buscan en la proliferación de las divinidades la tranquilidad interior, "monoteístas", que de veras creen en un dios y "místicos", que no ven nada sino divinidad. La idea es convincente, aunque parece recordar las

tipologías más sencillas de los horóscopos. Sin duda, sus aplicaciones exceden la misión pastoral de las iglesias establecidas. Estos tipos espirituales tienen que ver con el espacio que habitan las personas y no se remiten solamente a la "religión aparente", aquella que dicen profesar. Sin duda, la adherencia a un ritual es en buen número de casos indicación de algo más intenso, pero en otros simplemente se disocia de la fibra íntima.

Huston Smith escribe con extrema claridad. Su idea central cabe en una página. Su desarrollo preliminar, en un capítulo. Su explicación tomará todo el libro que escribe.

Petrarquismo y comentarios

El profesor William J. Kennedy, Bill, enseña literatura en la Universidad Cornell, Ithaca, Nueva York. Ha venido a Bellagio con su esposa Mary, también "scholar", a trabajar un tema que parece enigmático: *The site of Petrarchism*, el sitio del petrarquismo. El título no tiene inmediata resonancia en el lector no avisado. ¿Es que hay un lugar, un sitio donde un ideario estético pudiera encontrar su expresión?

Bill cuenta que Petrarca en realidad no es un poeta florentino. Nació en Francia y habló *langued'oc*. Su padre, el abogado Petrarchos, exiliado en Aviñón en la época del papado francés, era amigo del Dante. Pero Petrarca no menciona a Dante. Tarde en su vida, Petrarca va a Italia. En la ciudad en que más vive es Milán. Su poesía, especialmente el soneto amoroso, encontrará imitadores y emuladores. Uno de los famosos tal vez sea Joachim Du Bellay. Quienes imitan, entonces, son "originales": vuelven a los orígenes de la divina inspiración. Reconstruyen no sólo palabras sino aquella misteriosa inspiración del origen.

Es una idea fascinante. Cuando Borges escriba "Pierre Menard, autor del Quijote" imaginará la difícil tarea de impregnarse tanto de la circunstancia cervantina, vivir tan cervantescamente, que el producto no sea otra cosa que el Quijote, línea a línea, palabra a palabra. Salido de la más pura, original, originaria, originante, inspiración. Pero la tarea es, en sí, una quimera. "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme..." se dijo una vez con sonido cristalino. La segunda vez, por más inspirada que sea, ya es otra expresión, henchida de significaciones.

Cuando el Petrarca es editado, su poesía se convierte en el modelo de escritores originales, que desean retornar a las prístinas fuentes de la inspiración. Representa la culminación de la lengua, la culminación del estilo. En sus ediciones se multiplican los comentarios. Las notas al pie de la página aclaran algún giro, interpretan alguna palabra, aportan una información. La poesía es casi un pretexto para las notas. De ellas emerge el "petrarquismo". Tal comentarista "demuestra" que el poeta es milanés, porque... Tal otro insiste en considerar una alusión prueba irrefutable de que Laura era...

Es allí, en las notas, donde reside el petrarquismo. En las notas se construye no sólo la erudición. Se construye al poeta mismo, se le da patria, se explica el mapa de su espíritu. En las notas disputan los sabios, combaten los países, las regiones, las ciudades.

Me comenta Bill: las notas son, en el trabajo académico, algo terriblemente serio e importante. Pero hay diferencias: el intelectual meridional las trabaja más ligeramente, más livianamente. Mientras le escucho, pienso que se podría hacer toda una gradación de la intelectualidad en base a la práctica de las notas al pie de la página.

La democracia y el dinero

Thomas Mann me saluda con una cordialidad electrizante. "Iré a Chile", me cuenta. Y agrega: "Nunca he estado allí". Antes de que pueda preguntarle más detalles, observa que en la escala de la corrupción administrativa, Chile es un país con una buena imagen.

Tom trabaja en la Brookings Institution en Washington, D.C. Su tema es el financiamiento de las campañas políticas. En ellas debiera reflejarse el funcionamiento puro, simple y rotundo, de la democracia. A Tom le interesa el tema del dinero porque en su país hay preocupación por él. Y, saltando sobre las barreras de la típica insularidad del intelectual estadounidense, ha decidido estudiarlo en forma comparativa. Esto es, Tom indagará la forma en que el tema ha sido tratado en otros países. Examinará Italia, Dinamarca, muchos países. También Chile.

El dato comparativo, en una práctica universal como las elecciones, es sencillamente esencial. Tal vez estemos llamando democracia a algo que en otras partes se conoce bajo otro nombre. La invención -que aquí es variación- puede introducir cambios decisivos en la forma como la gente percibe sus gobiernos. El financiamiento de las campañas es una prueba de fuego.

Parece interesante que haya muchas regulaciones sobre el asunto. Pero parece también interesante que las regulaciones no contribuyan, necesariamente, a darle transparencia al asunto. Por cada inventor de normas habrá, imagino, dos o tres expertos en transgresiones. Se infiere de eso, sugiero, que más que la norma lo que cuenta es su espíritu.

No hay nada mejor que la expresión "*gut feeling*" que en su concisión vulgarizante traduce lo que es tener impresiones vagas, corazonadas, intuiciones. A mí se me ocurre que nadie cree que basten un par de reglas para que todo el mundo cumpla. Menos en tratándose del delicado tema de la contribución financiera, que obliga a quien da y a quien recibe a través de las sinuosas vinculaciones del sistema bancario. De las formas que adopta el poder,

la económica es al tiempo la más obvia y la más recóndita.

Imagino, digo a Tom, que el dinero en la campaña política cumple un noble papel: informar, comunicar, hacer el juego exacto de la democracia que es contrastar opiniones, barajar disensos, arribar a consensos, mas todo ello racionalmente, con conocimiento. Nos preguntamos por qué, pese a todo, parte importante de la ciudadanía, especialmente entre los más jóvenes, se substraen a la participación. Aclararlo será, tal vez, una consecuencia adicional del estudio de Thomas Mann.

Explorando la exploración

Sobre la mesa de la biblioteca, en la Villa Serbelloni, yace el libro "*Africa: Biografía de un continente*". Es un volumen imponente, macizo y lustroso. Edición 1997. Junto a él, otro volumen monumental: "*Killimanjaro*" (pienso en Hemingway). Más allá, "*Pyramids of life*", en colaboración con Harvey Croze, etólogo.

El autor de todos estos libros es John Reader. Su vida es la del fotógrafo, explorador, naturalista, que después de fatigosas ascensiones a las más escarpadas cumbres, vuelve a su casa de Richmond, cerca de Londres, y escribe eruditas relaciones. Me lo imagino conversando con los guías en los senderos que llevan a la cumbre del monte Kenya, o fotografiando extraños dibujos antropomorfos en el Sudán, o investigando en la *British Library* sobre el tráfico de esclavos por parte de los árabes de Zanzíbar en el siglo XIV. John cuenta que trabajó para la revista "*Life*", aquella grande llena de fotos prodigiosas, que apenas alcanzamos a conocer. También para el "*National Geographic Magazine*", que siempre une la erudición a la imagen. Su nuevo libro sobre Africa ya ha recibido acogida favorable, al igual que los que escribió sobre fósiles humanos, toda una historia de la paleontología que demuestra la importancia de Africa para la historia del ser humano.

Los libros, que los residentes de Villa Serbelloni dejan sobre la mesa para que otros los vean, constituyen el combustible de las conversaciones. Cada uno ha puesto los suyos. La conversación suele iniciarse sin esfuerzo: "A propósito de ese libro suyo..."

John Reader ha venido a Bellagio a trabajar en un libro sobre ecosistemas con su amigo de largos años Harvey Croze. Es la segunda edición. La primera tuvo un prólogo de Niko Tinbergen, Premio Nobel, junto con Konrad Lorenz y Karl von Frisch, por sus estudios sobre el estudio comparativo del comportamiento. Hablamos con Harvey de Tinbergen. Le cuento que una vez conversé extensamente con él, en una reunión de Premios Nobel en la localidad alemana de Lindau. Entonces, Tinbergen desarrollaba con su esposa, una terapia del autismo infantil basada en sus conocimientos etológicos.

John Reader y Harvey Croze aunan fuerzas en una empresa substantiva, importante. Se trata de hacer uno de esos libros que por el balance y la prudente selección, al tiempo informan y entretienen. De los conocimientos de la biología contemporánea pocos hay, como los relativos a los ecosistemas, que tanta importancia tengan para el futuro de la vida en el planeta. Lo grave que puede ocurrir es que la gente común sienta que es tema demasiado técnico y se despreocupe de él. Libros como el de estos autores pueden evitar eso.

Cuando reflexionan sobre sus vidas, estos dos amigos podrían decir que hacen un alto en el camino para explorar el modo como han explorado.

París en el siglo XIX

Mi primera pregunta a Michael Wetherill se refiere al *Père Lachaise*, el famoso cementerio parisiense. Lugar de peregrinación para tantas y tan diversas personas, alusión infaltable de una buena novela del ochocientos.

Michael está como pocos en el mundo capacitado para responderme. Su erudición es infinita, su paciencia y entusiasmo enormes. Enseña francés en la Universidad de Manchester, en la Inglaterra más inglesa. Es un auténtico profesor, dedicado a lo suyo. Al ver sus ediciones de Flaubert en la biblioteca de la Villa Serbelloni he reflexionado brevemente: si a un inglés le es permitido editar a un francés en francés, y si ese francés además es Flaubert, cumbre de la eufonía y del estilo, entonces sí es un reconocido experto.

A Michael preocupa el París del siglo XIX. Aquel barón Haussman, que Napoleón III trajera de la provincia, fue una buena elección al momento de planear los grandes *boulevards*. Imagino que los desfiles militares tanto como la vida social estuvieron presentes en las geometrías urbanas que intrigan al profesor manchesteriano. Los cañones han de ser decorativos cuando están silentes y fáciles de girar en las refriegas si las calles son amplias. Los triunfos, las derrotas, la alegría de vivir, todo está asociado a esas transformaciones de París.

Fascinante le parece a Michael que haya pocas referencias en la literatura a los destrozos que la renovación supuso en la ciudad. Aparentemente, los escritores sorteaban los escombros, eludían las plazas, quizá comentaron algo. Pero no lo escribieron.

Distinto es el caso de los pintores. Algunos muestran y recogen ángulos que luego desaparecerán. Los fotógrafos, cronistas visuales, hacen de este arte incipiente una fuente inagotable de sorpresas.

El resultado: París es construido diversamente en la literatura y en las artes visuales. Se habita ciudades diversas según la pupila con la cual se las mire. Porque las pupilas sin imaginación nada ven.

Juzgo el trabajo de Michael Wetherill de significativa importancia. Tal vez descubra los movimientos del alma colectiva que creyéndose fruto de la inspirada mirada de un artista brotan del anónimo sentimiento popular. Flaubert escribió: "la forma sale del fondo como el calor del fuego". La forma de las ciudades, el paisaje que configuran, prudentemente interpretados, algo han de indicar sobre quienes allí viven. Y casi todos los que viven intensamente su ciudad, terminan por habitarla.

Descubriendo la educación

A mí me parece que Rosalyn Mickelson y su esposo Steven Smith irradian entusiasmo cuando hablan de la ciudad de Charlotte. Viven allí hace algún tiempo. Confusos recuerdos de la Guerra Civil y del ejército confederado afloran a mi memoria al conjuro de ese nombre. Charlotte, North Carolina.

En Bellagio, el Centro de Estudios de la Fundación Rockefeller no parece ser el mejor lugar para hablar del tema de la integración racial en los colegios, experimento social de indecisos contornos. Se trata de un asunto que demanda enormes esfuerzos de recolección de información y, sobre todo, de una cierta mirada autocrítica para quienes se dedican a la educación. En la placidez del entorno, frente al lago de Como, es casi asunto excesivamente terrenal.

Aunque ése es el tema que inicia nuestra conversación, hay otro aún más atractivo para la socióloga y el cientista político: la influencia de las empresas y corporaciones con fines de lucro en las innovaciones curriculares de las escuelas.

El asunto parece inocente: una poderosa compañía, supongamos, que fabrica golosinas, ofrece dotar de televisores a los colegios de una región. Televisores y computadores, conexiones a Internet, cursos gratuitos. Magnífica idea. Los padres y apoderados sienten que eso alivia las finanzas del modesto colegio. Algunos profesores están entusiasmados.

Sucede que al regalo generoso va unida una demanda menor: que todos los días, de 10 a 10 quince los estudiantes miren un programa publicitario de la compañía. Es didáctico, está bien preparado, contiene todos los trucos del oficio. Vende. Los alumnos y sus profesores podrán hasta extraer ideas para la clase. Una auténtica contribución.

Por qué habla Roslyn de "International Business Machinations"? La denominación acrónima de una poderosa empresa empleada en insinuar algo menos que bueno. Sucede que la innovación planteada y ejecutada -pero no respetada por todos los profesores- es incompatible con el desarrollo espontáneo y natural de la innovación educativa en el colegio A, en el D y en el Z. Es no sólo artificial. Puede ser dañina. El profesorado se siente muellemente compelido a esperar la panacea tecnológica mientras lo inundan de instrucciones, los

alumnos saborean golosinas no deseables, la compañía filantrópica estudia el "impacto" de la operación.

Heterogeneidad e interés, he ahí descubrimientos que los estudios arrojan al rostro. Un desafío hacia adelante: como conciliar para innovar, como innovar sin deformar.

Un mapa del pasado de China

El profesor Chiuo-min Hsieh, que es chino pero vive y enseña desde hace treinta años en Pittsburgh, Estados Unidos, se presenta con avasalladora cordialidad. "Soy Jimmy", dice, y extiende la mano. En seguida, haciendo un arqueo de cejas, pregunta: "¿De dónde es usted?". La respuesta parece serle indiferente, porque agrega: "soy geógrafo".

Le acompañan cuatro cartógrafos chinos venidos de Beijing, Hangchow y Yunán, con quienes trabajará durante veinte días para producir lo que las generaciones venideras saludarán como la obra cumbre sobre el pasado de China: un mapa que lo contenga todo. Un mapa en el que se sepa de los ríos, de las capitales, de las personas, de los recursos minerales, de todo, dinastía por dinastía. Jimmy ya ha publicado un mapa que vendió, dice con orgullo, dos mil copias, pese a costar ciento cincuenta dólares. Pero éste que viene, que se preparará en la Villa Serbelloni de Bellagio, será la obra monumental y definitiva. No puedo dejar de pensar en Borges. El mejor mapa de China, el más perfecto mapa de China, es China.

Pero, helos ahí. Los cartógrafos se reúnen en una sala por la que penetra a raudales el sol de la precoz primavera. Abajo, el lago de Como espejea un cielo azul. Alguna que otra nube corona los montes cercanos. Los cartógrafos escuchan a Jimmy con respeto. El habla, ellos escuchan. De repente, alguno disiente. Gran reyerta. Han decidido poner sólo aquello de lo que hay datos. Lo que no está documentado no existe. "Quod non est in acta, non est in mundo", decían los antiguos. Obviamente, el producto nunca será perfecto. El libro de Jimmy se estará escribiendo todavía cuando ya no existan Bellagio ni la Villa Serbelloni. Es un libro que no acabará nunca. Siempre habrá algún nuevo dato que agregar, alguna excavación de la que tomar nota, alguna opinión que modificar. Jimmy ha puesto en marcha una máquina que no debiera detenerse nunca.

El pasado de China es inmenso. Cada nueva dinastía es como un nuevo mundo. Las capitales de China fueron los sitios donde se condensó la vida civil durante unos cuantos decenios o siglos. Luego, fueron reemplazadas por otras. Las riquezas minerales y arqueológicas no han sido todavía agotadas.

Pregunto a Jimmy sobre el futuro de su obra. "Enorme", dice, "enorme. Se venderán miles de ejemplares". Pero no quiero saber cuántos ejemplares se

venderán. Deseo saber qué significará en el futuro tener todo en un libro. Y, al fin de cuentas, por qué no un disco, por qué no un *diskette*. No entiende Jimmy mi pregunta. En realidad, tampoco sé bien por qué la formulo. En realidad, lo que deseo saber es qué es el pasado. Y me doy cuenta que lo que el pasado sea o será siempre está en el futuro. El futuro del libro de Jimmy es la clave del pasado de China. Buena suerte.

Traduciendo la traducción

Suzanne Jill Levine viene de Santa Bárbara, California, a escribir en Bellagio una biografía literaria de Manuel Puig. Quienes conocen "La traición de Rita Hayworth", "Boquitas pintadas" o "El beso de la mujer araña" saben lo difícil que puede ser intentar tan sólo la traducción al inglés de esos libros. Pero Jill lo ha hecho. Ha traducido además a Guillermo Cabrera Infante, Adolfo Bioy Casares, José Donoso, y Julio Cortázar. Cuando habla de traducir ficción latinoamericana habla en profesional.

Su esfuerzo plantea de inmediato un conjunto de preguntas. El traductor es un escriba invisible, pero también un "escriba subversivo", que es el título que Jill ha dado a uno de sus libros. Tiene el poder de alterar. Puede fundar o destruir reputaciones. Pero tal poder es un poder aparentemente subsidiario, de segunda mano. Como el de los críticos cuya labor Alone trató siempre de elevar al plano de lo creativo. Los traductores, como los críticos, han sido para la conciencia común una especie de excrecencia, o agregado, que les sale a los escritores en el costado cuando son populares.

Pero hay más. El "original" es una de las versiones posibles de un estado interno de los seres humanos. La "traducción" es, por propio derecho, otra creación. Y estará mejor lograda si reproduce aquel estado, no si presenta equivalencias de palabras. Traducir, parece, no es asunto de diccionario. Es reto a la sensibilidad.

Las lenguas son sus hablantes. Jill ha tenido la fortuna de conocer a sus traducidos y colaborar con ellos. De allí que las licencias aparentes de sus versiones no sean tales, por ejemplo que "Tres tristes tigres" no se convierta automáticamente -como cualquiera hubiera hecho- en "Three sad tigers". Esa fortuna del trabajo codo a codo no la hay, no la puede haber, con quienes ya murieron. Pienso en aquello de "traduttore, tradittore", que es como una muletilla del oficio. Nunca sabremos, en realidad, qué querían Turgueniev o Chéjov. Cabe especular que si aún nos conmueven en español es grande talento de traductores o suma potencia del texto que ellos fraguaron.

Como todos los escritores, también los traductores enfrentan esa antinomia perenne entre el texto transparente y el texto opaco. Dando translucidez total a su texto, desaparecen como narradores. Dándole opacidad se interponen entre el lector y el autor. Pero el arte es una combinación prudente de habilidades humildes. Como de los buenos actos, que tienen un "valor" reconocible cuando

son logrados, también en las buenas traducciones se "siente" la propiedad, el equilibrio, el balance. Sin duda, lo que después sepamos de Manuel Puig y su obra lo deberemos en buena medida a Jill Levine.

Las vidas del atavío

La antropología parece ser una disciplina que siempre desenmascara lo real. Detrás de las prácticas más cotidianas, de los usos más corrientes, los antropólogos descubren mundos inexplorados. Baudelaire hubiera dicho: "un bosque de símbolos".

Karen Tranberg Hansen cuenta la historia de las ropas que cambian de mano. La chaqueta que hoy damos al ropavejero o a la organización de caridad no muere. Revive en alguien que la vuelve a usar. Si esa práctica ocurre en Zambia, Africa, se llama *sala-úla*. El nombre ya evoca cierto pasado tribal.

Mientras Karen cuenta el guión de una historia que ha de ilustrar lo que ocurre con la ropa usada que llega a Africa para ser "*sala-ulizada*" recuerdo los relatos de Hans-Christian Andersen. En más de alguno se cuenta la vida de un objeto: un soldadito de plomo, una aguja, una alfombra. Ese animismo del narrador danés ha de haber acompañado los sueños de miles, de millones de niños en todo el mundo. Y he aquí que Karen, que también tiene a Dinamarca por patria original aunque ahora trabaje en Estados Unidos, quiere contar la historia de las ropas que un día fueron nuevas, se envejecieron sirviendo y vuelven a cobrar vida en el mercado africano. Es como la vieja tríada: *constitutio, destitutio, restitutio*.

La ropa usada, a diferencia de lo que hubiera podido esperarse, no concita rechazo. Es apreciada. Al vestirse con ella, los zambianos y zambianas adquieren las características de la cultura que la generó. Es una suerte de suave canibalismo cultural. Si yo uso un impermeable de Harrod's, soy de Harrod's, me he apropiado de todo lo que Harrod's significa.

Me imagino las ropas viajando silenciosas en bodegas, apretadas prenda contra prenda, separadas tal vez de otras ropas que fueron parte de un mismo ajuar, vendidas y compradas, tocadas, evaluadas y apreciadas. Imagino el fenómeno de la moda, que es el cambio de la segunda piel humana a tenor de las fuerzas del poder y del dinero. En la mudez del atuendo hay discursos completos, arengas, proclamas, meditaciones. El lenguaje de la ropa cambia según donde y quien la usa.

Sala-úla. Es de las palabras que no se olvidan. Sugiere todo un mundo de ocultas resonancias. También un área de negocios. Por cierto, un motivo para que haya discrepancias y se debata. En la Villa Serbelloni, todo es posible. Hasta que descubramos que las prácticas son aún más complejas de lo que pensábamos.

Computador y Gamelan

Antes de compartir con Steven Everett, profesor de música de la Universidad Emory de Atlanta, yo no sabía qué era un gamelan. Tampoco había visto a alguien fabricando instrumentos virtuales. Por lo mismo, tampoco había escuchado un concierto para gamelan ejecutado con instrumentos virtuales.

Steve nos proporcionó la metáfora del mes. Porque el gamelan es un conjunto de personas que se conciertan de tal modo que su música resulta de una fusión y disolución de sus individualidades. Pueden, por horas, tocar embelesados una suerte de salmodia que alivia el espíritu. Cada cierto número de minutos, el gong marca el ritmo natural de la vida. Los ejecutantes, creyendo improvisar, en realidad se ajustan al ineluctable designio del trabajo en común. Los residentes de Villa Serbelloni, Bellagio, formamos un transitorio gamelan del intelecto.

El gamelan se encuentra en Java pero también en Bali. En este lugar, sin embargo, la música adquiere una cadencia algo más agitada, más penetrante. Es Java, viejo lugar de tradiciones islámicas y orientales, donde esta coreografía polifónica tiene su expresión mejor y más acabada, donde generosos gobernantes tendrán músicos para su deleite e ilustración y donde se pueden atisbar los frutos de una cultura madura. Recuerdo a Emil Kraepelin, uno de los grandes de la psiquiatría alemana, que inició los estudios transculturales precisamente allí, en Java.

Steve Everett nos explicó que antes de trabajar en su computador debía fabricar instrumentos. Estos son como los íconos de "Windows" y lo que hacen es procesar datos convertibles a sonidos bajo ciertos preceptos del programa. Así, puede decirse que manipulan información y la transforman. En realidad, eso es lo que cada instrumento hace. Refracta, difracta, cambia, la información que le llega. Con su tonalidad característica, con su especificidad.

Los amantes de la música para gamelan no son muchos. Es un gusto delicado. Es una música tipo orquídea. Pero los practicantes del oficio, los expertos, se conocen entre sí, se deleitan con esas discrepancias irreconciliables de los académicos, hurgan en el pasado remoto para descubrir nuevas fuentes de inspiración.

No sería extraño que el gamelan virtual se convirtiera en una metáfora mayor de la cultura.

Preservación cultural

Yo creo que John Costonis tiene la innata y rara virtud de hacer preguntas interesantes. Pocas personas se encuentra uno en la vida que resueltamente se acerquen y digan: "Me interesa lo que usted hace; cuénteme más" y que, a continuación, indaguen con genuino interés sobre todo lo imaginable. Su técnica

del interrogatorio me hace recordar su profesión de abogado en un sistema penal, el de Estados Unidos, que basa en el juicio oral y en el sentido común la aplicación de principios consuetudinarios.

A John le interesa como es que los principios inmanentes a la cultura y la vida en común se convierten en leyes. Ése, que es tema general, el decano de la Escuela de Derecho de la Universidad Vanderbilt, lo acota al substantivo tema de la preservación de inmuebles con valor cultural y simbólico. Sostiene una idea en principio evidente: ciertos objetos, ciertos edificios, ciertos lugares, corporizan la tradición para un grupo de personas. Por tradición ha de entenderse la familiaridad de lo que es de un cierto modo y no de otro y este "cierto modo" sucede que es aquel que una comunidad venera, aprecia o da por natural. John sugiere dar a esos objetos, lugares, edificios el carácter de "íconos".

La palabra, por supuesto, quiere sugerir que la imagen es el elemento cohesionador. Está usada aquí en un contexto mucho más amplio. Hasta podría perder contornos si no se acotara su empleo. Lo importante es que las cosas y los edificios, pero también las personas, los modales, los gestos, "significan" algo para las personas, y que este significar algo varía con el tiempo. De modo que siempre tendremos tradicionalistas, que quieren la preservación intacta y renovadores, que quieren derribarlo todo para cambiar. Cada nueva generación, en el viejo sentido que daba Karl Mannheim a la expresión, tiene en sus filas tradicionalistas e innovadores, porque se trata de una disposición del espíritu, no una consecuencia de la edad.

En una perspectiva global, interesa a John por qué en algunos países la preservación del objeto culturalmente relevante es tan exitosa. Por qué algunas ciudades son más armónicas que otras. Por qué algunos habitantes se ordenan en categorías tales como renovadores iconoclastas o conservacionistas iconodulos. Por ser abogado, John explora la ley, la forma positiva de la costumbre. Observa que algunas legislaciones tratan el objeto culturalmente relevante como perteneciente al espacio público, de modo que la idea de propiedad privada queda parcialmente suspendida. El dueño de un palacio tiene un bien, mas también está obligado por el Estado a comportarse frente a él de un modo especial.

No sería extraño que John encontrara que, más allá de la ley, hay estratos muy personales que tienen que ver con la preservación de la cultura.